

En clave de educación

¿Qué deberían aprender los estudiantes de hoy para ser protagonistas de su futuro?

Entrevista de Carlos Magro a Denise Vaillant

CM Bienvenidas, bienvenidos a una nueva conversación «En clave de educación» de la Fundación Santillana, una serie de conversaciones que estamos teniendo alrededor de la idea de cuál es el sentido de la escuela y cuáles deben ser los aprendizajes fundamentales que tenemos que promover en las escuelas. Hoy tenemos con nosotros a Denise Vaillant, uruguaya internacional que ha recorrido medio mundo, con una gran incidencia en muchísimos países de la región latinoamericana, pero no solo, y que nos honra muchísimo con su visita de hoy.

Denise, en primer lugar, muchísimas gracias.

DV Gracias a ti, Carlos, y a Santillana por la invitación.

CM Es un gusto volver a vernos, aunque sea...

DV Virtualmente.

CM ... a través de la pantalla y poder dedicar unos minutos a esto que tanto nos apasiona a los dos: hablar de educación y de cómo mejorarla, de cómo cambiar las cosas, de qué estamos haciendo cada vez mejor y de qué tenemos que hacer todavía para mejorar. Lo vamos a hacer en un contexto muy excepcional, como decía nuestro colega Axel Rivas hace unos días, que casi requiere una especie de pedagogía de la excepcionalidad. Es un momento que no habíamos vivido ninguno de nosotros, con las escuelas cerradas, las aulas clausuradas y con la educación trasladada a los hogares desde hace ya al menos dos meses. Nos ha pillado a los países iberoamericanos en momentos distintos del curso escolar, pero en todo caso con retos importantes por delante. Esto nos está ayudando también a pensar quizá mejor o más profundamente, a visibilizar las cosas buenas, aquello que queremos conservar, pero también esas costuras rotas que sabemos que tenemos y que tenemos que arreglar rápidamente.

Esta conversación gira alrededor de eso, de la escuela. Gira alrededor del sentido de la escuela y, también, de por qué vamos a las escuelas. Y vamos a las escuelas porque se supone que nos dan algo distinto, que nos capacitan de alguna manera, que nos dan unos lenguajes. En las escuelas nos enseñan algo y aprendemos otras cosas, muchas veces, que nos posibilitan vivir unas vidas mejores.

Entonces, la primera pregunta que te quería lanzar, para abrir boca, para empezar esta conversación, tiene que ver con esta idea de lo escolar, de la escuela, del sentido de la escuela, de por qué —no tanto en este momento concreto, pero en este 2020— insistimos tanto los países, los padres, los maestros, en las políticas educativas, en que la educación en la escuela es fundamental, en que tenemos que ir a las escuelas. ¿Cuál es el sentido de la escuela hoy? ¿Qué crees tú que nos dan las escuelas que no tenemos, por ejemplo, en estos contextos de escolaridad en los hogares como estamos viviendo ahora?

DV Yo creo que el papel de la escuela es un papel fundamental. Y más pensando en nuestro continente: en América Latina, en El Caribe, la variable que determina, entre otras cosas, construcción de ciudadanía, igualdad, etc., tiene que ver con el sistema escolar. Fíjate que, en América Latina, unos doce, trece niños de cada cien de contextos pobres no terminan la escuela primaria, mientras que si pensamos en los contextos favorables, en los grupos más favorecidos, solamente uno de cada cien no termina la escuela primaria. Eso nos da cuenta de que estamos en un contexto, en un continente, con serios problemas para llegar a la equidad, a la igualdad, para que haya justicia y para que todos los niños y niñas tengan un derecho efectivo de aprender. Entonces, yo creo que, en general, pero en nuestro continente en particular, la importancia de la escuela es fundamental porque es justamente la que hoy permite construir ciudadanía y asegurar que niños y niñas puedan transitar en este mundo con capacidades y competencias necesarias. La pregunta es ¿qué escuela? Y la pregunta, obviamente, nos remite a qué futuro educamos, para qué futuro educamos, para qué sirve la escuela en definitiva.

CM En esto de para qué futuro educamos, tú has insistido en numerosas ocasiones en una idea: si yo quiero ver el Uruguay, por ejemplo, de dentro de veinte años, miremos las escuelas de ahora, miremos la educación que tenemos en estos momentos. La escuela tiene siempre esa doble tensión de conservar una herencia, unos conocimientos, una cultura, y al mismo tiempo de educar para transformar, para cambiar. Es decir, que el tipo de personas que estemos formando en estos momentos en las escuelas —en España, Uruguay, Colombia, Argentina...—, de alguna manera, aunque no solo, puede determinar el tipo de sociedad en el que nos encontraremos dentro de esos veinte años.

DV Exacto. Y eso tiene que ver, en el fondo, con lo que es la escuela hoy, en esta sociedad, lo que la escuela representa. Y yo creo que, sin duda alguna, es un instrumento indispensable, pero que debe ser repensado. Porque en nuestros países, y pensando también en Europa y en otras zonas de este mundo más desarrolladas que las nuestras económicamente hablando, se plantea esta necesidad del cambio, el cambio y la transformación en la escuela que hoy tenemos. Voy a citar una anécdota que quizás es un tanto doméstica, pero que me parece que nos ayuda a visualizar este tema: hace un tiempo atrás, en estos tiempos de pandemia en que uno recurre a las redes sociales para estar informado y también para distenderse un poco y pensar en otra cosa, accedí a una especie de metáfora, de chiste, que circula en las redes, en el que un individuo que viaja en el tiempo llega a hoy, al 2020, y descubre una nueva sociedad, con teléfonos celulares, etc., es decir, una realidad totalmente distinta a la de él, que era del siglo xviii, siglo xvii. Ahora, si nosotros pensamos en ese individuo y en cómo hoy visitaría o llegaría a una escuela, desde el punto de vista ya no más de la infraestructura, veríamos que pocas cosas han cambiado en la configuración del aula. Es decir, mientras que la sociedad y la economía han sufrido transformaciones muy muy importantes, el modo en que se organiza la escuela, el modo en que se ofrecen los servicios escolares, el modo en que los maestros muchas veces enseñan, no ha variado significativamente en las últimas décadas.

Hace un tiempo atrás yo hice un ejercicio con mis alumnos de posgrado y les dije: «Busquen en internet afiches de la década del 50 y del 60, y fotografías publicitarias». Les divertió el ejercicio y aparecieron afiches y fotografías... Por ejemplo, una señora que estaba fumando un cigarrillo y que le decía a los niños que la rodeaban: «Jueguen

mientras que mamá fuma tranquilamente este cigarrillo» —no voy a decir la marca—. Eso hoy, en nuestras sociedades, sería impensable, impensable una publicidad de ese estilo. Al mismo tiempo les dije: «Busquen fotografías, afiches, del sistema escolar de los años 50 y 60, y busquen afiches del sistema escolar hoy, de la última década». ¿Y sabes qué? Había en esas fotografías, esas imágenes, muy poca diferencia. Es muy caricaturesco lo que te estoy contando, pero yo creo que da cuenta de lo que quiero expresar: que necesitamos repensar la escuela, el sistema escolar, para que pueda desarrollar esas competencias y esas capacidades que hoy requieren nuestros estudiantes, nuestros alumnos. Y eso tiene que ver con lo que tú planteabas, eso tiene que ver con el sentido de la escuela hoy, cuál es el sentido.

Obviamente, esto tiene connotaciones de todo tipo: filosóficas, pedagógicas, psicológicas... Pero nos hace repensar, en el fondo, una escuela que en muchos casos no puede responder a lo que son las necesidades, hoy, de nuestras sociedades. Si en América Latina, en términos globales, doce de cada cien niños no terminan la escuela primaria, eso nos tiene que interpelar profundamente sobre el tipo de establecimiento escolar que hoy tenemos. Ahora, para mí, esto no significa que la escuela deba desaparecer, todo lo contrario. Esto significa que la escuela debe ser reforzada, debe ser repensada en base a ese significado que ha cambiado.

CM Sí, esta problemática que tú lanzabas nada más empezar, que es el papel fundamental que le presuponemos a la escuela y que sabemos que tiene para acortar desigualdades, para dar posibilidades a todos, y que en estos momentos vemos como esa brecha se nos amplía, al no poder estar todos juntos aprendiendo en las escuelas, es una problemática que ha recorrido todas estas conversaciones. Y daba igual que yo estuviera, como tú decías, hablando con personas de países latinoamericanos o con personas de Europa, es decir, el problema de la desigualdad es un problema creciente en todo el mundo. Es verdad que Latinoamérica y El Caribe probablemente sea el continente con más desigualdades y, por lo tanto, ese papel de igualador de desigualdades de la escuela sea más importante, pero el tema de las desigualdades está, de alguna manera, desbocado en todos los países. A ver cómo salimos de esta crisis de la Covid, porque probablemente se acrecienten mucho las desigualdades. Que muchas veces son sociales y atraviesan lo educativo, y le pedimos a la escuela algo que, en sí misma, sola, no puede hacer, que es acortar o eliminar esas desigualdades.

Ahí hay un tema también muy interesante que tiene que ver con lo que tú estabas diciendo de que este repensar la escuela significa qué tipo de escuela, cuál es el sentido de la escuela hoy, qué aprendizajes, qué enseñanzas y qué prácticas escolares —ahí tú sabes mucho y luego iremos entrando un poco en ese terreno—son las que me pueden garantizar que, aun teniendo unas sociedades tremendamente desiguales, cuando yo estoy en la escuela, estoy acortando mucho esas brechas socioeconómicas. Es decir, ¿qué prácticas escolares son las que no incrementan el fracaso, no generan fracaso escolar y, por tanto, incrementan las desigualdades, sino que ayudan a que todos sigan adelante, a que todos aprendan —ese derecho al aprendizaje— y de alguna manera garantizan un poco unas desigualdades menores?

Yo creo que, efectivamente, el tema que tenemos delante es qué tipo de escuela y qué aprendizajes —eso nos interesa mucho en estas conversaciones— y qué prácticas escolares, qué cultura profesional necesitamos tener en las escuelas para aminorar ese

fracaso enorme que existe. Dices tú: doce de cada cien no terminan la escuela primaria, ya no decimos ni la secundaria. Eso es una tragedia desde el punto de vista social. Entonces, el planteamiento sería, y ahí podemos ir entrando un poquito, no tanto el qué hay que aprender, pero sí qué tipo de configuración escolar —me interesa muchísimo tu mirada desde la formación docente—, qué tipo de prácticas escolares y de cultura profesional necesitamos para acortar ese fracaso del que en España, por ejemplo, somos campeones de Europa y en Latinoamérica, pues casi podríamos decir que campeones del mundo. O sea, que estamos en una situaciones, todos los países, muy complicadas.

DV Obviamente, el pensar en la escuela y esas nuevas configuraciones tiene que ver, como bien lo señalabas, con las prácticas profesionales, entre otras. Es decir, entre los factores intervinientes, sin duda está la intervención de los equipos directivos, de los equipos docentes. Hay mucha evidencia que muestra que, aun en las condiciones más difíciles, aún en los contextos vulnerables más extremos, equipos directivos y docentes logran obtener un aprendizaje significativo por parte de los alumnos, logran construir ciudadanía. El tema es cómo hacer de esas prácticas, que sin duda hay en todos nuestros países, una realidad de todo el sistema educativo. Y eso evidentemente tiene que ver con las políticas educativas que se impulsan, tiene que ver con cuál es la realidad de los centros educativos y tiene que ver con los docentes, que, como tú sabes, han sido un poco el centro de mi preocupación en las últimas décadas. Yo siempre retomo ahí una frase que creo que es de Fullan—a veces uno se apropia de las frases y después olvida de quiénes son y caemos en lo que le decimos a nuestros estudiantes cuando no citan debidamente, pero, bueno, yo creo y espero no equivocarme que la frase es de Fullan—, que dice que los docentes no son ni víctimas ni culpables, que son profesionales y que esos profesionales, indudablemente, requieren de una serie de condiciones que deben estar dadas y que hacen a una profesión. Y ese es uno de los problemas más grandes que yo creo que tenemos hoy en América Latina: el tema de la profesión docente y de cómo el docente puede ser una variable fundamental para esa transformación, para ese cambio, para ese darle significado a los aprendizajes.

Y cuando hablamos de profesión docente, obviamente, a veces uno tiene esa tendencia a ver a la docencia como una realidad homogénea, cuando no lo es, cuando, en primer lugar, hay mucha heterogeneidad: no es lo mismo los docentes de parvularia, de preescolar, que los de educación básica primaria y secundaria. También hay docentes que cumplen distintos roles. Y además, son una realidad cuantitativa muy importante en los países. Fíjate que en un país tan pequeño como el mío, como Uruguay, la Administración Nacional de Educación Pública es el empleador público más importante que tiene el país y es así en casi todos los países latinoamericanos: los Ministerios de Educación son los empleadores públicos más importantes. Entonces, esto de repensar la escuela tiene que ver con una profesión que también tiene que ser repensada desde distintos grupos de factores intervinientes. ¿Cuáles son las condiciones de trabajo? Muchas veces son muy duras, muy difíciles hoy para el maestro, para el profesor que está en el aula. ¿Cuál es también su formación? ¿En qué medida le estamos dando una formación que es significativa y que le va a permitir tener el marco conceptual, teórico, instrumental, para poder hoy gestionar grupos, clases, aulas, que son muy heterogéneas en muchos casos y muy difíciles de gestionar?

Y después también tenemos un tema que, para mí, es muy importante, que a veces no se considera y que tiene que ver con la valoración social de la docencia. Fíjate que —la voy a citar, aunque a veces digo que no voy a hacerlo porque la hemos citado hasta el hartazgo—, si pensamos en Finlandia, décadas atrás era un país de agricultores, de campesinos, donde hubo toda una transformación económica y social que se acompañó de una transformación educativa. Y ahí, una de las variables fundamentales para la mejora de la docencia fue la consideración social. Mejoró la consideración social. El docente en Finlandia es apreciado, es una profesión apreciada. Mientras que en muchos de nuestros países ha perdido capacidad de atracción.

Me he ido un poco hacia otra temática acerca de la que tú me consultabas, pero volviendo a tu pregunta, en esto de repensar el sentido de la escuela, de repensar y de lograr lo que queremos, que es equidad, que es calidad para todos en educación, que es que todos los niños y niñas puedan aprender en condiciones favorables, en ese gran objetivo, sin duda alguna, los maestros, los profesores, juegan un papel y siguen jugando un papel fundamental. Y termino diciéndote que también esto es algo que hay que repensar, porque, a veces, tenemos esa tendencia a pensar «aula-maestro», «aula-profesor», cuando no tiene por qué ser un maestro, un profesor. Podemos pensar en equipo, podemos pensar incluso en otras figuras que pueden jugar un rol importante en el acompañamiento de los niños y de las niñas y de los jóvenes. Y en ese repensar, insisto, para mí el problema es que muchas veces el docente o la formación —que era otro de los temas que tú me mencionabas, la formación docente— se piensa en función de las enseñanzas y no del gran telón de fondo que deben ser la escuela y los aprendizajes.

CM Ahora volveremos sobre esta idea que tú estabas diciendo más de las prácticas, de esa ruptura de la idea de un solo profesor en una clase y con un grupo, porque ya tenemos muchísimos ejemplos en toda la región de clases más multidisciplinares, con equipos docentes, con codocencia, que nos están permitiendo abordar muchos de los aprendizajes que queremos desarrollar en este siglo xxi. Pero me parecía muy interesante que, a la pregunta del sentido de la escuela que te estaba yo lanzando y a la pregunta de qué tipo prácticas profesionales son las más oportunas, tú hicieras una especie de llamado de atención al decir: ojo, que son importantísimas las condiciones estructurales en las que se están trabajando —condiciones estructurales en todos los sentidos: de infraestructuras, de las propias escuelas, muchas veces en muy malas condiciones en regiones más remotas, más rurales—, pero también las condiciones de trabajo, de consideración social, de formación, de herramientas de que disponen los docentes. Eso me ha parecido un matiz tremendamente importante: antes de pedir, pongamos las condiciones para poder tener un campo de juego sobre el que podamos trabajar.

Retomo esta anécdota que tú decías del viajero porque es verdad que, cuando uno entra más en los espacios que en las dinámicas, el aspecto de muchas aulas y escuelas —no de todas, algunas han cambiado mucho— tiene un cierto parecido al de hace cincuenta o sesenta años. Pero mi sensación es que las prácticas ya han cambiado. Por ejemplo, la relación docente-estudiante es totalmente distinta, mucho más horizontal que la que había. Y también han cambiado mucho los qués, esto que tanto nos interesa en estas conversaciones: qué tenemos que enseñar y qué tenemos que aprender. Por lo menos en el papel. Y ahí quiero reflexionar un poquito contigo.

Todos los países de la región, todos los países del mundo, han hecho una transición importante en las últimas dos o tres décadas hacia una enseñanza por competencias, han identificado aquellos aprendizajes clave, fundamentales, básicos, que los alumnos tienen que tener al salir de la educación obligatoria, están incorporando educaciones — la educación física, la educación del cuerpo, la educación sexual, la cívica, la ciudadana—, conocimientos más transversales, como el medioambiente... Hay cosas que no se trataban en los currículums de hace cincuenta o sesenta años. También hay una mayor exigencia a los docentes porque el campo de educación es mucho más amplio y enfrente tenemos mucha más diversidad, y los currículums están tratando de ser más justos en ese sentido de justicia curricular, en el sentido de incorporar las diversidades que pueblan nuestros países: diversidades étnicas, culturales, lingüísticas... Esa complejidad la tenemos en las aulas, la tienen todos los docentes, y eso tiene que ver con qué tenemos que enseñar y aprender en estos momentos. La sensación que tenemos un poco todos es que está más en los papeles que en la realidad. Es decir, que esos «aprendizajes siglo xxi», esas competencias que todos decimos y declaramos, se nos quedan muchas veces más en el papel que en el *output* de salida final. Desde tu punto de vista, ¿qué es lo que está pasando para que eso se traduzca de manera generalizada, no particular en algunas escuelas, a todos los estudiantes?

DV A ver, es cierto que hay muchas cosas que están en los currículums, que están bien y que recogen lo que es la evolución del contexto social y económico de nuestros países, pero que después no son realidad en el aula. Y eso, por muchas razones, que tienen que ver con razones organizativas, condiciones laborales, etc. Volviendo más al tema que tú planteabas, hoy yo creo que, sin duda, los temas transversales... Fíjate en estas situaciones que estamos todos viviendo de pandemia y de emergencia sanitaria en todos nuestros países. ¿Por dónde empezarías hoy una clase con niños y niñas de Primaria o con jóvenes en Educación Media? Yo creo que un modo, justamente, es abordarlo a partir de lo que estamos viviendo: ¿qué significa eso hoy en términos de nuestra salud, de la salud de los niños, de la salud de las familias? Y obviamente, tú eso lo podés sin duda alguna vincular al currículum oficial, lo puedes vincular a la temática más de las Ciencias Naturales.

El tema es que, muchas veces, el sistema propone adecuaciones curriculares que no son acompañadas por el modelo de escuela. Si los docentes tienen una presión institucional de cumplir con el listado de temas que establece un programa, el docente, en vez de ocupar su tiempo, como debería, abordando temáticas transversales que tengan un significado para los estudiantes de acuerdo al momento en que están viviendo, tiende a abordar el listado ese de contenidos al que le obliga, en el fondo, una Administración que, insisto, debería ser repensada. Supongo que en los países europeos quizás esto ha cambiado, pero en América Latina no tanto. El tema de la supervisión escolar, el tema de los supervisores, de los inspectores —que, en realidad, fiscalizan más que apoyan al docente en su labor—, el tema de los equipos directivos... ¿Qué deberían ser? Deberían ser líderes pedagógicos en sus escuelas, en sus centros educativos, y no lo son. Muchas veces no porque no lo quieran, sino porque tienen tantas obligaciones desde el punto de vista administrativo que no tienen el impulso que deberían tener para liderar pedagógicamente su escuela.

Entonces, yo creo que, sin duda alguna, hay avances, avances considerables que se han hecho en estas propuestas que tú indicas de cómo pensar hoy el currículum para niños que están transitando a una vida adulta que se va a desarrollar dentro de diez, veinte, treinta años. Pero para hacerlo no solamente tenemos que tener adecuadas propuestas curriculares, sino que tenemos que tener una adecuada estructura institucional, política, de acompañamiento, etc., que vehicule esa posibilidad. Porque, cuando tú ves cuál es la realidad —y eso yo creo que ha sucedido en muchos países— entre el diseño curricular y su verdadera implementación, su verdadera incidencia, ahí vemos que hay una brecha importante.

CM Tú has trabajado muchísimo, efectivamente, la formación docente, en el sentido más amplio de la palabra. Mencionas, además, algo muy característico del oficio, de la profesión del docente, que es que no empieza su formación cuando llega a sus estudios de profesorado, el que sea, sino que ya lleva a sus espaldas diez, doce años de escolaridad en la que, de alguna manera, siendo estudiante, estás formándote como profesor. Y eso es una cosa tremendamente importante, poco estudiada, y un tema muy interesante. Y luego la formación inicial, la inducción profesional —los primeros dos, tres años que son tan importantes en la cultura profesional—, la formación permanente...

Todo esto es un terreno que luego podemos abordar un poquito más, si nos da tiempo. Pero me interesa muchísimo porque yo tengo la sensación de que tú abordan esto muchas veces desde la necesidad, también, de trabajar una serie de competencias docentes. Es decir, para ser buenos docentes en este siglo xxi, los docentes necesitan tener un marco de competencias, adquirir unas competencias en su carrera profesional y en su formación que, de alguna manera, muchas veces coinciden con muchas de las competencias y habilidades que también les estamos pidiendo a los estudiantes. Me gustaría que hicieras un paralelismo, que nos dijeras, desde tu punto de vista, cuáles son esas competencias y habilidades más importantes que tenemos que trabajar en los estudiantes, pero que también están reflejadas en competencias que tienen que tener los docentes, digamos, en su mochila.

DV Yo creo que eso tiene que ver con cómo se construye el aprender a enseñar por parte del docente. Y eso tiene que ver con la formación inicial, tiene que ver después con el desarrollo profesional continuo, tiene que ver con algo que tú señalabas y que para mí es muy importante, que es la etapa previa. Es decir, no debe de haber otra profesión en el mundo donde lo que uno después desarrolla en términos profesionales tenga tanto que ver con su vida, su pasaje, por las aulas. Lo voy a decir de una manera bien simple y caricaturesca: lo que hace un docente en términos de disciplina en el aula no es tanto lo que le enseñan los libros de pedagogía o su pasaje por la formación inicial, sino que tiende a replicar el modelo que él vivió como estudiante. Si un docente ha vivido experiencias escolares sumamente autoritarias, la tendencia es a replicarlas.

Entonces, ahí voy a lo que, para mí, es una competencia fundamental hoy en el docente y también a desarrollar en los alumnos, que tiene que ver con la reflexión sobre la práctica, es decir, el poder reflexionar sobre cuál es mi práctica hoy, por ejemplo, en términos de disciplina en el aula, y cómo puedo hacer para mejorar esa práctica, cómo puedo inspirarme de otros colegas, cómo puedo apoyarme en la colaboración de otros colegas. Y eso nos remite, evidentemente, a otras competencias y capacidades que son fundamentales, a mi entender, en el mundo de hoy: la capacidad o la competencia de

resolver problemas —eso es válido para el docente, pero también es válido para el estudiante—, la capacidad de respetar, de escuchar a los demás, la responsabilidad, la capacidad de trabajar con otros. Fíjate que, hoy, todos nuestros currículums, todo nuestro discurso, está centrado en el aprendizaje colaborativo y, muchas veces, en la enseñanza colaborativa. Y sin duda alguna, la colaboración no nace por generación espontánea, sino que hay que promoverla, hay que motivarla. Y para eso es necesario contar también —y ahí vuelvo al tema anterior— con estructuras que apoyen esa colaboración: si yo tengo un discurso que habla de colaboración, pero después en la escuela lo que reina es «cada maestro con su librito», tenemos un problema.

Creo que, efectivamente, hoy hay que desarrollar lo que en la literatura muchas veces se llaman capacidades «blandas» —que en realidad no son blandas, para mí deberían ser las más duras de todas—, que son esas capacidades y esas competencias: resolver problemas, trabajar con otros, etc. Y sin duda alguna esto no quiere decir que olvidemos los aprendizajes, las competencias, las capacidades que tienen que ver con el lenguaje, que tienen que ver con el pensamiento científico. Para nada, no lo desconozco, todo lo contrario. Pero digo que hay que buscar la forma de acompañar. Cuando resolvemos problemas, ¿resolvemos problemas en el ámbito científico, en el ámbito de la lengua, en el ámbito de la matemática? Cuando hablamos de trabajar colaborativamente, pensemos en cómo podemos desarrollar ese trabajo colaborativo por parte de los estudiantes y, obviamente, de los docentes. Y así.

CM Claro, vemos como hay ese paralelismo tan grande entre lo que queremos que desarrollen nuestros estudiantes en términos de habilidades, de competencias, de destrezas, como queremos denominarlas, y lo que también tenemos que trabajar en nuestros estudiantes que van a ser profesores, es decir, en nuestros docentes, porque nada se aprende en el vacío y, desde luego, no se aprende a colaborar si yo veo a mis docentes que no colaboran ni se aprende a tener pensamiento crítico, científico, si mis docentes no me lo promocionan o lo tienen ellos también en el aula. Es decir, que vemos muy claro como esa línea de formación docente en competencias refleja también el tipo de necesidades de aprendizaje que tenemos en los estudiantes.

DV Te interrumpo con algo que recuerdo ahora. Hace muchos años atrás, a mí me tocó participar en una serie de debates vinculados con una investigación que habíamos hecho en América Latina sobre la temática de valores y la poca incidencia que tenían nuestros sistemas educativos en la educación en valores. La pregunta era: ¿por qué? Si todas las propuestas curriculares de nuestros países en América Latina hoy mencionan la educación en valores y tenemos, incluso, algunas asignaturas que específicamente tienen la temática de educación en valores, ¿cómo es posible que después no haya prácticamente incidencias ni a nivel de los docentes ni a nivel de los estudiantes? Eso tiene que ver con que, si la escuela no actúa en consecuencia, es decir, si en la escuela no existen valores vinculados con el respeto, con el compromiso, con la escucha, con lo que entendemos por valores, de nada te sirve promover una educación de valores en el currículum, si eso no es la práctica cotidiana en las escuelas.

CM Esto que decían Apple y Beane sobre las escuelas democráticas. Esta idea de que, al final, si queremos ciudadanos que entiendan bien el concepto de *ciudadanía*, de *democracia*, las escuelas también tienen que reproducir esos consensos democráticos, esa gestión democrática de la escuela.

DV Exacto. Que no es una idea nueva, pero que sí es vigente, está vigente más que nunca.

CM Podríamos entonces pensar, con respecto a qué tenemos que aprender hoy y según lo estabas planteando tú, que hay una serie de fundamentos de más o menos toda la vida —aunque han cambiado, tenemos otras disciplinas—, una serie de conocimientos que son lenguajes, que son disciplinarios, que son fundamentales: los lenguajes hablados, los lenguajes de la ciencia, los lenguajes del arte... Hay lenguajes que es fundamental saber manejar. Hay luego una serie de destrezas, de competencias —tú estabas señalando muchas— que necesitamos para ser docente, para ser estudiante, para ser un buen ciudadano. Hay temas que tienen que ver más con la subjetividad, con los valores. Y luego, eso que tú señalabas también, que tiene que ver, en el fondo, con el aprender a aprender, con la metacognición, la reflexión, esa gran competencia en los docentes, pero también fundamental en los estudiantes.

DV Hoy es imposible conocerlo todo, pero lo que sí es posible es saber cuáles son los conocimientos esenciales que permiten generar otros conocimientos. Y esa es la capacidad que tenemos que desarrollar en los niños, las niñas, los jóvenes.

CM Vamos a ir terminando, se pasa muy rápido el tiempo. Tenemos entonces unos aprendizajes y podemos, efectivamente, identificar cuáles deben ser; tenemos unas escuelas que están en proceso de cambio y donde son fundamentales las condiciones en las que operan —las infraestructuras, las dotaciones, los recursos, los salarios de los docentes, todo eso es fundamental—; y luego tenemos eso que tú has estudiado, que son las prácticas profesionales, las culturas escolares, las culturas de los docentes, que creemos que son fundamentales. Y tú has dicho muchas veces: «¡Por fin! Aparentemente nuestros gestores se han dado cuenta de que no se puede cambiar la educación sin los docentes». Desde luego no contra ellos, pero sin los docentes es imposible. Tú citas muchísimas veces también a Fullan, con esa frase que él dice y que tú haces tuya y que interpretas, de que los docentes son el peor problema, pero también la única y la mejor solución. Esta es una idea muy clara de esas que tú has lanzado y has trabajado mucho.

Entonces, yo quería que termináramos pensando en esos aprendizajes que sabemos cuáles son más o menos —esas metacompetencias, ese aprender a aprender— y que queremos desarrollar, que nos olvidemos un poco de cuáles son las condiciones de las escuelas —que son importantísimas— y que te centres en una última intervención en cuáles crees tú que serían esas prácticas, no solo profesionales, pero sí escolares —y has citado alguna, como la colaboración— que deberíamos trabajar para poder desarrollar esos aprendizajes y poder hacer ese cambio que nos permita lo que decíamos al principio: una escuela justa, equitativa, para todos, en la que nadie se quede atrás, en la que garanticemos ese derecho aprender, ese ODS-4 con el que se nos llena la boca, pero que luego no somos capaces de lograr. ¿Cuáles serían para ti, ya para ir terminando, algunas de esas prácticas y culturas escolares que favorecerían esos aprendizajes?

DV Como yo te decía, para mí hay una primera práctica que hay que cambiar en nuestros sistemas educativos y en las prácticas docentes, y que tiene que ver con que hoy sigue primando «cada maestro con su librito», es decir, cada maestro, cada profesor, cierra la puerta de su aula y es autónomo. Y yo creo que la autonomía profesional es muy

importante, pero también es muy importante la colaboración y la mirada de los otros. Entonces, yo creo que un primer cambio en las prácticas pasa por responsabilizarse por lo que uno hace. Porque también ahí los docentes tenemos responsabilidad. Muchas veces lo que prima en nuestros sistemas educativos es la incompetencia ignorada y la competencia no reconocida. En mi país tenemos una frase: «Que nadie sea más que nadie». Y eso parece que reina en muchos sistemas educativos y en muchos docentes: «Mejor me callo, mejor no le digo al colega algo que está haciendo mal porque entonces... Miro para otro lado, finjo demencia».

Y yo creo que ahí, empezando por los docentes —porque también hay que vernos a nosotros mismos y evaluar prácticas y reflexionar sobre nuestras prácticas—, tenemos sin duda alguna que reflexionar y ver en qué medida nos estamos haciendo responsables de lo que estamos haciendo. Si somos profesionales, el tema de la reflexión, insisto, sobre la práctica es fundamental, el tema de entender que las prácticas educativas tienen que ver con la colaboración, tienen que ver con equipos, tienen que ver con el consensuar metas para la escuela, metas para el estudiante, metas para los equipos docentes. Entonces, si tú me pidieras, un poco para terminar, algunas palabras que nos permitan un poco guiar el camino, yo diría, primero, profesionalismo, ser profesionales, o sea, el docente es un profesional y tiene que actuar como tal. También, vocación, formación, pasión por enseñar y responsabilizarse por esos resultados. ¿Cómo? A través de la colaboración y del trabajo en equipo con los equipos directivos, con los equipos docentes. Podría agregar más palabras porque, como a ti, a mí este tema también me apasiona. Y creo que ese es el motor de muchos de los cambios que se han dado en nuestros sistemas educativos: la pasión que los docentes tienen por enseñar, el famoso efecto Pigmalión. Hay docentes que, por suerte, están absolutamente convencidos de la incidencia que ellos pueden tener en el aula y en los alumnos, y ese es el motor del cambio.

CM Y que, de alguna manera, nos está salvando en estos momentos.

DV Exactamente.

CM La pasión es lo que está salvando las deficiencias de infraestructura, de estructuras, que tienen nuestros sistemas en una situación como la actual y son los docentes los que están tendiendo los puentes. Lo hablábamos con Inés Dussel el otro día: en los hombros del docente se alzan los niños para mirar más allá de las ventanas.

Vamos a terminar aquí. Yo seguiría mucho más rato conversando contigo, pero vamos a terminar aquí para mantenernos en las longitudes normales, estándar, de estas conversaciones. Ha sido un placer. Te agradezco personalmente y te agradecemos muchísimo tu tiempo, tu disposición y esta rica conversación que hemos tenido.

DV Gracias a ti. Para mí también ha sido un gusto, un placer y muy interesante poder intercambiar contigo y espero que pronto podamos hacerlo de manera presencial.

CM Que nos veamos o allá o acá, en algún país, y que podamos seguir esta conversación. Muchísimas gracias, Denise.